GILLETTE & L'ORÉAL, WOMEN USA

VOL. II

Florida • Georgia • Hawaii • Idaho • Illinois • Indiana • Iowa • Kansas



GILLETTE & L'ORÉAL, WOMEN USA — VOL. II

L'ORÉAL THROUGH GILLETTE · 04

Florida, Georgia, Hawaii, Idaho, Illinois, Indiana, Iowa, Kansas. El segundo tramo de la travesía americana; el prólogo ártico común se conserva aquí íntegro, plegado para quienes leen la serie en secuencia.

Capítulo Cero — apertura común

Este capítulo de apertura es común a los seis volúmenes de Women of the United States. Se reproduce aquí íntegro, y plegado, para que la serie pueda leerse en secuencia sin repeticiones.

CAPÍTULO CERO

Aquí el mundo no es un territorio: es un límite. El Polo Norte no acoge, no perdona, no deja margen al error. El blanco reina como una entidad absoluta, silenciosa y sin memoria. La temperatura no es un dato meteorológico: es un depredador. La noche dura meses, aplasta los pensamientos, deforma los contornos de las personas, se traga su voluntad.

Las comunidades son pocas, pequeñas y cerradas. Inuit, yupik, pueblos árticos viven donde nadie elegiría quedarse. Aquí cada individuo es esencial para la supervivencia del grupo. Si no eres útil, te conviertes en una carga. Y quien se convierte en una carga desaparece en el silencio, en la nieve, en la lógica de un entorno que no hace concesiones.

Las bases científicas añaden otro tipo de frío: el de las jerarquías. Aquí una mujer es una presencia rara, una anomalía que debe adaptarse o sucumbir.

En este lugar el concepto de «desaparición» no existe. Solo existe el blanco que lo borra todo.

Mujeres inuit y yupik

La niña ártica no es mimada: es preparada. Aprende pronto a resistir el frío, la oscuridad y el hambre. Debe volverse útil para el clan, porque aquí la identidad no es personal. Es funcional. La mujer carga con el peso de la familia y de la comunidad: comida, fuego, hijos, pieles, cuidados. Nadie habla de derechos. Nadie habla de fragilidad. La depresión existe, pero no tiene nombre. La violencia existe, pero no tiene testigos.

La mujer de las bases científicas

Instruida, competente, acostumbrada a la disciplina. Llega como investigadora, técnica, médica. Descubre enseguida que el Polo Norte no reconoce títulos. Aquí solo cuenta la dureza mental. Las jerarquías masculinas la dominan, y cualquier señal de debilidad se interpreta como debilidad. Es un entorno donde la fuerza no basta: hace falta un autocontrol extremo.

La mujer occidental «de fuera»

Criada en libertad, llega convencida de que puede conquistar el frío. Pero el lugar la quiebra: soledad, espacios minúsculos, silencios interminables. Las bases no son comunidades, son mecanismos. Y una mujer, dentro de un mecanismo diseñado por hombres, tiene que luchar para no desaparecer.

El viaje al confín del mundo

Mi vecino, Antonio, al que todos llamaban Nino, llevaba años hablando del Cabo Norte, del sol de medianoche, de los meses sin oscuridad. Era un sueño que guardaba en el bolsillo, como algo imposible. Una mañana de mayo toqué su timbre y le dije solo esto: «Haz la maleta. Vuelvo dentro de una hora. Regresamos en 30 días». Me miró sorprendido, feliz. Su mujer, preocupada, preguntó cuáles eran nuestros planes. «Perseguir un sueño», respondí.

Subimos al coche. Nuestras mujeres nos miraban como si estuviéramos locos. Pero aquel viaje era real. Nino ya estaba lleno de preguntas. «¿Adónde vamos? ¿Cuánto dinero tengo que llevar?». «Tranquilo», le dije. «Llegamos en 54 horas. Solo 5.000 km. Vamos en el Range Rover nuevo. Disfruta del viaje».

Cada 300 km tenía que parar: él, doce años mayor que yo, tenía su propio ritmo. Yo tenía agua y líquidos; él, café y necesidades físicas. Y cuanto más avanzábamos, más me hablaba de su vida. Cosas que nunca habría sabido si no hubiera sido por aquella carretera interminable.

Dos hombres solos en un coche hablando siempre de mujeres. Él solo había conocido a su mujer. Yo me reía. Lo tranquilicé: «Nosotros somos igual».

Me preguntó cómo conseguía no perder la cabeza conduciendo 60 horas. Le hablé de Rusia, cuando a los 22 años conduje 51 horas para encontrarme con una mujer a la que nunca había visto. «Las distancias no son límites», le dije, «son excusas. Yo nunca he tenido ninguna».

La llegada al blanco

Entramos en Noruega. Un albergue en la carretera. Allí dejaríamos el coche y seguiríamos en trineo.

La guía iba cubierta, impenetrable. Cuando se quitó las gafas, descubrí que era una mujer. Una noruega, silenciosa, directa, glacial. Nino en el centro del trineo, ella delante, yo con mis 190 cm detrás, cerrando la fila.

Todavía era de día. Mi reloj marcaba la hora, pero no me decía si era de noche o de mañana. Era el sol de medianoche. Habíamos llegado al Cabo Norte.

Nino lloró. Me abrazó. Le dije, riendo: «Cuidado… la gente va a pensar que somos gais». Nos reímos, pero estábamos en el confín del mundo.

Luego llegó la helada: –52 °C.

La entrada en el verdadero Ártico

Nos llevaron a un contenedor metálico para cambiarnos. Trajes acolchados pesadísimos, cerrados con cremalleras complicadas.

Pagué a la guía. A Nino lo dejaron en un iglú con unos hombres; a mí, en otro con una familia: un anciano, de entre 70 y 80 años, y tres mujeres de entre 30 y 50.

Era un mundo cerrado. Simple. Brutal.

El hombre se mantenía aparte. Las mujeres llevaban el ritmo. Y el baño era un montículo a cinco metros del iglú: la caca se congelaba antes de tocar el suelo. Mi primera meada se convirtió en una estrella ártica amarilla. Era el Norte que me saludaba.

La mujer de mediana edad, Magi, hablaba un poco de inglés. Lo demás eran gestos, ojos, manos. El idioma del frío.

Cuando no sabía bien cómo usar el traje, ella, sin pensarlo, me tocó la entrepierna para enseñarme una cremallera escondida. No había malicia, ni vergüenza: solo función. Supervivencia.

Los tres días en el iglú

Trajeron comida. Pescado ahumado, pescado crudo, hígado de bacalao, vientre de ballena. Y bolas de tiburón. No había elección. No había alternativa. Era lo que da la naturaleza.

Luego bebí: un líquido rojo. Pensé que era vino. Era sangre de ballena filtrada, hervida y endulzada. La bebí. Me dio una fuerza que nunca había sentido. Una energía primitiva. Pensé que era cocaína. No. Era el Norte entrando en el cuerpo.

Las mujeres me observaban. El anciano salía a cazar. Yo descansaba y bebía sangre. Tres días sin teléfono, sin internet, sin ordenador, sin Nino. Solo yo y ellas.

No había noche. Solo luz, fuego, hielo y aliento.

Las tres mujeres se tumbaron a dormir. Yo buscaba un sitio. La más joven levantó el brazo y me hizo señas para que me acercara. Estallaron en carcajadas. Yo no entendía. Dijeron que yo era su «Navidad».

Una manera de decir que me habían aceptado.

Intenté darles algo de dinero para darles las gracias. Lo rechazaron. Solo querían un abrazo. Y unas palabras en calabrés para sentirse más cerca.

Allí entendí el valor de los regalos verdaderos: los que no se pueden comprar ni vender.

La despedida de la guía

Al cabo de tres días llegó la guía. Habló con las tres mujeres durante una hora. Yo estaba fuera. No entendía lo que decían. No era asunto mío. Era su lengua, su mundo, su ley.

En el contenedor, mientras me desvestía, entró la guía. Curiosa. Directa. Nórdica. Me abrazó con fuerza. Me besó. Su piel era blanca como la leche. Sus ojos, azules como el cielo de agosto.

Me pidió que me la llevara. Habría hecho cualquier cosa por salir de aquel mundo.

Sonreí con respeto. No podía. No debía.

Solo le dejé una promesa: «Si necesitas algo, escríbeme una carta. Te ayudaré». Rechazó incluso el dinero. Era una mujer hermosa, pero sola. Una soledad que no se ve de lejos. Una soledad que el frío no perdona.

El regreso a casa

Fuimos a recoger a Nino. Estaba entusiasmado. No quería volver. Pero yo tenía una cita con su mujer.

Les contó a todos sus tres días. Yo me callé. Nunca compartí nada con aquel hombre. Solo con el papel.

Y así, mientras Nino volvía a su mundo, yo ya iba camino de otro. Otro destino. Otro encuentro.

Bienvenido.

Epílogo

El Norte no te lleva: te cambia. Y nunca

te devuelve entero. Los hombres van al Polo Norte buscando luz, silencio, fotografías, sueños. Las mujeres se quedan para sobrevivir.

Los hombres cuentan lo que han visto. Las mujeres callan lo que han vivido.

Los hombres vuelven. Las mujeres se quedan. Se quedan en el frío, en casas de nieve, en silencios que nadie oye. Se quedan para sostener comunidades que no las celebran. Se quedan para proteger a niños, ancianos, extraños. Se quedan invisibles.

De allí solo me llevé un recuerdo: una mujer hermosa, increíblemente hermosa, pero sola. No en un sentido romántico. En un sentido humano. En un sentido trágico.

Reflexión

El Norte no mata el cuerpo. Mata la presencia. Y lo que queda es el blanco: un lugar donde las mujeres viven y desaparecen al mismo tiempo.

Por eso escribo. Porque los lugares extremos no cuentan su propia historia. Y quien los atraviesa no puede permitirse el lujo de quedarse callado.

Yo no. Yo no. Mi tierra me dio a luz, y el resto del mundo me acoge no como a un huésped, sino como a uno de la familia.

De la blancura absoluta del Norte descendí a la confusión absoluta de los Estados Unidos.

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

El encargo imposible

Trabajar dieciocho años para una empresa americana te da algo que ninguna otra empresa del mundo puede darte: una cultura del trabajo, procedimientos, una misión clara y un sistema de valores que no son teoría: son práctica diaria. No te los explican; te los construyen. Y lo hacen sin pedirte permiso.

Estaba en la oficina de Nueva York cuando me ofrecieron un trabajo que nunca había imaginado. No un ascenso. No un traslado. Un experimento.

Un programa confidencial, creado para validar un modelo de relaciones humanas dentro de los Estados Unidos. No habían elegido a directivos, psicólogos ni formadores. Habían elegido a personas con cierto tipo de experiencia en el mundo real. Y salió mi nombre, aunque llevaba dieciocho años en ventas. No miraban el cargo: miraban la mente.

La prueba era sencilla de explicar y dificilísima de cumplir:

visitar los 50 estados americanos en un año, eligiendo yo mismo las ciudades y quedándome al menos una semana en cada una.

Las dos últimas semanas serían vacaciones obligatorias. Ellos cubrirían todos los gastos. Yo solo tenía que vivir, observar, entender y entregar un informe cada lunes. Un relato humano, seco, preciso.

Firmé el contrato. Avisé en casa. No preguntaron nada. Solo querían saber si había llegado la provisión del mes. Yo estaba a punto de enfrentarme a un año en América. Ellos, como siempre, se enfrentaban al mes siguiente.

Por si acaso, mi sueldo se ingresaba directamente en mi cuenta bancaria en Italia. Era una manera educada de decirme: «No hagas tonterías. Vive con lo que tienes. Veamos quién eres de verdad».

Solo quince años después tuve acceso a mis informes originales, a los análisis y al material que habían reunido sobre mí. De ahí nació este libro. Obtuve la autorización para publicarlo con una condición: no nombrar nunca a la empresa que lo encargó.

No importa. Esta historia no va de logotipos. Va de un hombre en un país imposible de entender si no lo vives en primera persona.

¿Empiezo por el punto más lejano?

La elección lógica era empezar por los márgenes, no por el centro. Por dos razones sencillas:

1. Venía fresco del experimento: lucidez alta, atención máxima.

2. Empezando por el extremo podía corregir el rumbo y terminar el viaje limpiamente.

No necesitaba empezar en Boston o en Chicago. Tenía que empezar en una frontera. En un lugar que fuera América solo sobre el papel.

Elegí Juneau, la capital de Alaska. Aislada. Solo se llega en barco o en avión. Una ciudad que no pertenece a nadie. El lugar perfecto para empezar.

Optimizar los recursos

Antes de partir hice lo que un americano respeta por encima de todo: me organicé como un profesional, no como un turista.

Llamé a tres de las aerolíneas más populares, las que tienen las mayores redes nacionales. En menos de una hora compré un talonario de cincuenta vuelos nacionales con un 60 % de descuento.

Sin límites de tiempo. Sin límites de días. Sin restricciones. Una sola condición: usarlos en un año.

Hice lo mismo con las cadenas hoteleras, Uber Taxis y las empresas de alquiler de coches, y luego preparé un calendario como es debido de las etapas, de los medios, pero no de los tiempos.

Estaba listo.

Fue mi primer éxito real. La primera señal de que sabía moverme. América premia a quien actúa, no a quien espera.

Cuando la empresa vio la operación, hizo lo que una cultura americana hace siempre: comprobó la fiabilidad.

¿Era capaz de gestionar un año de movimiento constante? ¿Era capaz de afrontar imprevistos, distancias y emergencias? ¿Era autónomo?

Por eso, antes de partir, resolví otro detalle crucial:

me aseguré de tener en la tarjeta de crédito un límite mensual de al menos 100.000 dólares.

No era para gastarlo. Era para demostrar que podíamos gestionarlo. Los americanos piensan así: si no tienes autonomía, no tienes libertad. Y si no tienes libertad, no se te puede evaluar.

A partir de ese momento el programa ya no fue un encargo. Fue una misión.

Y AHORA SÍ QUE VIAJAMOS

Alaska forma parte de los Estados Unidos solo por geografía. Es otro mundo.

Es el lugar donde las mujeres desaparecen sin dejar rastro. Donde una denuncia nunca llega a destino. Donde las ciudades no son más que islas civilizadas en medio de un continente salvaje.

Juneau fue mi primera prueba: una capital sin carreteras que la unan al resto del país. Un pedazo de América que no parece América.

Aquí empecé a entender algo: el viaje no sería geográfico. Sería humano.

BLOQUE 1 (Volumen I)

Alabama – Alaska – Arizona – Arkansas – California – Colorado – Connecticut – Delaware – Florida – Georgia

BLOQUE 2 (Volumen II)

Hawaii – Idaho – Illinois – Indiana – Iowa – Kansas – Kentucky – Louisiana – Maine – Maryland

BLOQUE 3 (Volumen III)

Massachusetts – Michigan – Minnesota – Mississippi – Missouri – Montana – Nebraska – Nevada – New Hampshire – New Jersey – New Mexico

BLOQUE 4 (Volumen IV)

New York – Washington

BLOQUE 5 (Volumen V)

North Carolina – North Dakota – Ohio – Oklahoma – Oregon – Pennsylvania – Rhode Island – South Carolina

BLOQUE 6 (Volumen VI)

South Dakota – Tennessee – Texas – Utah – Vermont – Virginia – West Virginia – Wisconsin – Wyoming

FLORIDA

Florida es una paradoja viviente.

Es el estado que el mundo ve como destino de vacaciones: playas, sol, parques de atracciones, palmeras, cócteles, mares cálidos, Miami, Orlando, Tampa. Colores por todas partes. Una apariencia constante de felicidad.

Pero quien vive allí sabe que Florida es también: – pobreza crónica – alquileres inasumibles – desigualdad profunda – turismo depredador – tormentas cíclicas – trabajo de temporada – comunidades frágiles – violencia doméstica altísima – ancianos abandonados en los márgenes.

Es un estado con dos caras: la postal para el turista y la realidad para las mujeres que lo mantienen en pie. En Florida, de la ausencia de las mujeres se habla poco. Se esconde bajo la arena, el mar y las sonrisas obligatorias. Pero está ahí, clara, todos los días.

La mujer próspera desaparece por la sobrecarga social, la precariedad eterna, los servicios insuficientes, los papeles invisibles que hacen funcionar la economía sin reconocimiento.

Es una desaparición operativa, no simbólica.

La cuidadora de ancianos – 52 años

Florida es la residencia de jubilados de América. Aquí viven millones de ancianos, muchos sin familia, otros con graves problemas de salud.

No son las instituciones las que los sostienen: son las mujeres.

Ella es cuidadora, asistente sanitaria, trabajadora de residencia de ancianos. A menudo trabaja en condiciones difíciles: turnos largos, sueldos bajos, pacientes complicados, centros privados que ahorran en todo y responsabilidades enormes.

Debe levantar cuerpos, administrar medicamentos, limpiar, lavar, escuchar, calmar, sostener.

No tiene tiempo para sí misma. No tiene dinero para ahorrar. Su vida gira en torno a la fragilidad de los demás.

Su ausencia es física: no hay un solo día que sea de verdad suyo.

Si ella falta, nadie la reemplazará. El sistema no puede sostenerse sin ella, pero finge que sí.

La camarera de la zona turística – 26 años

Florida vive del turismo. El turismo vive de las mujeres.

Trabaja en restaurantes, hoteles, bares, resorts, parques de atracciones, casinos, clubes de playa. No tiene horario: tiene turnos. No tiene estabilidad: tiene temporadas. No tiene carrera: solo sobrevive.

Su vida es: – sonrisas obligatorias – peticiones constantes – propinas que deciden el mes – clientes arrogantes – jefes que la reemplazan en un minuto – trabajo emocional constante.

Por la noche termina tarde, cansada. A la mañana siguiente, vuelve a empezar.

Su ausencia es moral: para los turistas no existe. Es un servicio, no una persona.

Ve el mar todos los días, pero no es para ella.

La mujer inmigrante de las zonas interiores – 31

años

Lejos de las playas y de las ciudades modernas está la Florida real: campos, invernaderos, pueblos pequeños y pobres, trabajo manual.

La mujer inmigrante – a menudo latinoamericana o haitiana – sostiene todo lo que el estado no quiere mostrar: – limpieza de casas – agricultura – envasado de alimentos – servicios mal pagados – cuidado informal de niños – turnos de noche en moteles. Temen a las autoridades, viven con poco y mandan dinero a casa. Muchas están solas, otras con hijos pequeños que criar en barrios duros.

Su ausencia es económica y lingüística a la vez: no habla bien inglés, no sabe cómo pedir ayuda, no tiene derechos reales. El sistema la usa. Y cuando ya no la necesita, la suelta.

Es la mujer que mantiene limpia Florida sin que Florida reconozca su existencia.

La mujer que vive con la tormenta – 37 años

de edad

Florida vive bajo la amenaza constante de los huracanes. Cada temporada trae angustia: preparación, cierre, espera, esperanza.

Cuando la tormenta golpea, ¿quién protege la casa, a los hijos, los documentos, lo poco que se tiene? Siempre ella.

Muchas mujeres viven en: – casas móviles – apartamentos viejos – zonas costeras de riesgo – barrios marginales.

Cada huracán significa: evacuación, pérdida del trabajo, sacar el agua del suelo, salvar lo poco que queda.

Y a menudo significa hacerlo sola.

Su ausencia es ambiental: el Estado promete protección, pero son ellas las más golpeadas, obligadas a derrumbarse y a empezar de cero. Con cada tormenta pierden algo que nadie puede devolverles: fuerza, tiempo, estabilidad mental.

Epílogo – Florida

Florida vive en un contraste constante: luz absoluta y oscuridad absoluta. Turismo internacional y precariedad local. Riqueza visible y pobreza estructural.

Aquí las mujeres no desaparecen de un día para otro. Se consumen despacio, entre turnos, calor, huracanes, clientes, ancianos, hijos, trabajos inciertos y el coste prohibitivo de la vida.

La ausencia de las mujeres en Florida no es un acontecimiento. Es un proceso.

Una sustracción continua de energía, tiempo, dignidad y reconocimiento.

El sistema sobrevive gracias a ellas, pero se comporta como si no existieran.

Reflexión – Florida

Florida enseña una cosa sencilla: la ausencia femenina puede ser colorida.

No hace falta el frío de Alaska, la historia de Alabama o la dureza de Arizona para borrar a una mujer.

A veces basta: – un turista que no ve – un anciano que depende de ella – un empleador que explota – un huracán que se lo lleva todo – un sueldo que nunca alcanza – un alquiler imposible – una cultura que no reconoce el trabajo invisible. Florida es el lugar donde las mujeres trabajan al sol pero viven en la sombra.

Y por eso está en este volumen. Porque muestra la verdad: incluso el lugar más feliz del mundo puede ser el más cruel con quienes lo mantienen en pie.

GEORGIA

Georgia es un estado doble: moderno en la superficie, antiguo en el fondo.

Atlanta corre deprisa: tecnología, aeropuertos, música, universidades, negocios afroamericanos, política nacional. El resto del estado, en cambio, sigue estancado: campo, industrias alimentarias, religión, conservadurismo, pobreza estable.

Es una zona que ha hecho historia en los derechos civiles, pero que ha dejado atrás a muchas de sus mujeres.

Georgia no borra a las mujeres con una violencia evidente. Las borra con el peso de la tradición, con una pobreza que no se mueve, con responsabilidades familiares que nadie comparte, con trabajos duros y mal pagados que parecen normales.

Aquí las mujeres son el pilar, el motor, el centro. Y precisamente por eso se las da por sentadas, se las da por descontadas, se las usa, se las sobrecarga, se las ignora en las decisiones.

Georgia es un estado que vive sobre los hombros de las mujeres y se comporta como si ese peso fuera natural.

La mujer de la industria alimentaria – 30 años

Georgia es una de las capitales de la industria del pollo y de la carne de América. Plantas enormes, líneas de producción interminables, turnos duros, ambientes fríos, ruido constante.

La mujer que trabaja aquí se enfrenta a: – una repetitividad agotadora – cortes, aplastamientos, dolores crónicos – vigilancia constante – presión de los tiempos de producción – contratos frágiles – sueldos que nunca suben.

La industria alimentaria nunca se detiene: ni por enfermedad, ni por embarazo, ni por problemas familiares.

Si ella falta, alguien la reemplazará en media hora. Nadie pregunta por qué. Nadie mira lo que lleva sobre los hombros.

Su ausencia es industrial: reducida a una pieza de la máquina. Un número que debe funcionar. No una vida que haya que comprender.

La mujer de las comunidades negras – 48 años

En la Georgia negra, la mujer lo es todo: madre, trabajadora, guía, apoyo espiritual, memoria histórica.

Es ella quien sostiene a la familia extensa, quien trabaja dentro y fuera de casa, quien mantiene a los hijos y a menudo también a los nietos, quien mantiene unidas comunidades enteras cuando los

hombres desaparecen por trabajos precarios, enfermedad, cárcel o depresión.

Desempeña un papel enorme, nunca reconocido.

En Atlanta trabaja en: – escuelas– sanidad– oficinas– servicios públicos– transporte– asistencia. En el Sur rural, todavía más: – agricultura– tiendas– iglesias– cuidado de ancianos– apoyo informal a familias rotas

Su ausencia es social: todos la usan, todos le exigen, pero nadie la pone en el centro de las decisiones.

Es la mujer que sostiene a un pueblo entero sin poder derrumbarse nunca.

La mujer que vive entre la fe y el control –

44 años

Georgia es uno de los estados más religiosos de América. Aquí la iglesia no es espiritualidad: es organización social.

Para muchas mujeres, la fe es su único respiro. Pero muchas quedan atrapadas por esa misma estructura.

Papeles rígidos: – esposa devota– madre presente– mujer respetable– miembro activo de la comunidad

Reglas estrictas: – no mostrar debilidad – no «manchar» a la familia – no contradecir al hombre en público – no apartarse de los papeles tradicionales.

Para muchas mujeres, la religión es un refugio. Para otras, es control.

Su ausencia es cultural: no puede expresar de verdad quién es, porque la comunidad le impone una imagen ya definida. Sonríe

por obligación, no por elección.

La mujer invisible de las afueras – 32 años

Fuera de Atlanta, el tiempo se ralentiza. Ciudades pequeñas, servicios mínimos, escuelas pobres y casi ningún transporte.

Aquí las mujeres viven una vida llena de pequeños problemas sin solución: – sueldos bajos – alquileres que suben – escuelas insuficientes – atención médica lejana – adicciones extendidas – falta de oportunidades – trabajos físicos o repetitivos.

Trabajan en supermercados, restaurantes de comida rápida, almacenes, limpiezas y tiendas locales. Cada mes es una batalla económica. Cada año parece igual.

Su ausencia es territorial: vive en un lugar que no cambia y que no la deja cambiar.

No la encierra una puerta cerrada, sino toda una geografía inmóvil.

Epílogo – Georgia

Georgia es un estado que te exige saber dónde mirar. Si miras Atlanta, crees ver modernidad. Si miras el Sur rural, ves historia antigua. Si miras las industrias, ves la parte más dura de la economía. Si miras las comunidades, ves la penuria disfrazada de normalidad.

Aquí las mujeres no desaparecen de golpe. Se desgastan despacio bajo: – tradiciones rígidas – trabajo pesado – papeles impuestos – pobreza blanda – responsabilidades enormes – comunidades que piden mucho y dan poco.

La ausencia de las mujeres en Georgia no es un vacío. Es una carga.

Una carga que las mujeres llevan sin quejarse nunca, porque nadie a su alrededor las ha acostumbrado a ser escuchadas.

Reflexión – Georgia

Georgia muestra una verdad dura: hay estados donde a las mujeres no las borra el trauma, sino la costumbre.

Es normal que ella aguante. Es normal que haga más. Es normal que esté en todas partes. Es normal que no se derrumbe. Es normal que sonría incluso cuando está cansada.

Y cuando algo se vuelve «normal», deja de verse.

Georgia enseña que la ausencia puede construirla la propia tradición: no hace falta una violencia abierta, basta un papel social impuesto durante décadas.

Las mujeres de aquí no piden visibilidad. Solo piden no ser consumidas por el sistema que sostienen.

Y esto basta para ponerla en el corazón del volumen.

HAWAII

Hawaii es el engaño más elegante de los Estados Unidos.

Para el mundo, son el paraíso: playas, agua turquesa, surf, clima perfecto, postales, turismo de catálogo. Colores por todas partes, calma aparente, naturaleza espectacular.

Pero la Hawaii real es muy distinta: – un coste de la vida extremadamente prohibitivo – sueldos bajos – propiedad de la tierra concentrada – un turismo que devora recursos –

comunidades locales marginadas – una identidad borrada o vendida – pobreza escondida detrás de paisajes perfectos.

Aquí las mujeres no desaparecen por una violencia evidente. Desaparecen porque viven en una tierra que vende una imagen al mundo y esconde otra a quienes viven dentro de ella.

Su ausencia es doble: – invisibles en las cifras del turismo – invisibles en el relato cultural americano.

Hawaii no borra a las mujeres de un solo golpe. Las borra con lentitud. Con la economía. Con un turismo que no deja espacio. Con identidades robadas.

La mujer de la hostelería – 34 años

Hawái vive del turismo. Recepcionistas, camareras, camareras de piso, servicio de habitaciones, spas y actividades turísticas. Aquí las mujeres son el corazón de este sistema.

Trabaja en entornos que parecen perfectos, pero que en la práctica son: – ritmo alto – salarios bajos – exigencias constantes – horarios imposibles – jefes que exigen sonrisas obligatorias – clientes que a menudo la tratan como “parte del paquete”.

Vive con dos problemas permanentes:

1. alquileres inaceptables (muchas comparten casa con 3 o 4 personas)

2. un coste de vida desorbitado (todo cuesta el doble

que en el continente)

El paraíso natural la rodea, pero su vida es una carrera diaria contra los gastos.

Su ausencia es económica: trabaja en un paraíso que no puede permitirse.

La mujer nativa hawaiana – 29 años

La mujer nativa es el corazón de Hawái y la figura más desfavorecida.

La historia es clara: colonización, pérdida del territorio, imposiciones culturales, turismo invasivo. Su vida es un equilibrio entre tradición, familia, trabajo y resistencia cultural.

A menudo trabaja en sectores esenciales: – escuelas – sanidad – asistencia comunitaria – programas sociales – agricultura tradicional – iniciativas culturales.

Desempeña un papel enorme y, sin embargo, no se le reconoce. Su cultura se vende al mundo como folclore: danzas, música y símbolos convertidos en entretenimiento para turistas.

Su ausencia es cultural: su identidad se exhibe, pero no se respeta.

Está presente en todas partes como imagen, ausente en todas partes como voz.

La mujer que sostiene a las familias

multigeneracionales – 46 años En Hawái hay muchas familias multigeneracionales: no por tradición, sino por necesidad económica.

Tres generaciones en la misma casa, a menudo pequeña: abuelos, padres, hijos, hermanos.

Aquí la mujer es la columna vertebral de la estructura: – trabaja – cocina – cuida de los hijos – atiende a los mayores – hace de

puente entre lenguas distintas – lleva las cuentas – afronta los problemas sin ayuda.

Tiene muy poco tiempo libre. Casi ningún espacio personal. Una carga emocional enorme.

Su ausencia es doméstica: todos dependen de ella, pero nadie la ve como lo que realmente es.

La familia es su fuerza y su jaula.

La mujer que vive entre el aislamiento y la naturaleza – 32

años

Fuera de Honolulu y de los resorts hay un archipiélago diverso: islas remotas, pueblos pequeños, comunidades aisladas.

Aquí el trabajo es: – agricultura– pesca– mantenimiento– pequeños servicios– escuelas básicas– cuidado comunitario.

La mujer lleva una vida que, vista desde la América continental, parece sencilla. Es dura: transporte limitado, servicios sanitarios lejanos, oportunidades casi nulas, adicciones extendidas, precios por las nubes y un aislamiento mental que es lo normal.

Su ausencia es geográfica: vive fuera de los mapas del poder y del imaginario nacional.

La naturaleza es belleza y soledad.

Epílogo – Hawái

Hawái es un lugar donde todo es doble: belleza y fatiga, riqueza y pobreza, imagen y realidad, turismo y desarraigo.

Aquí a las mujeres no las borra el drama, sino la economía. La historia. El turismo invasor. El coste de vida aplastante. El relato

perfecto que lo muestra todo menos a ellas.

La ausencia de las mujeres en Hawái la causan: – la identidad robada – el trabajo mal pagado – la cultura vendida – las familias que pesan – la falta de espacio personal – el futuro incierto.

Hawái parece ligera. No lo es.

Reflexión – Hawái

Cada estado muestra una cara distinta de la ausencia. En Hawái, la ausencia tiene el color del mar, la forma de la arena, la voz de la tradición explotada.

Aquí la mujer es visible como imagen e invisible como persona. Se la usa en el marketing turístico, en el folclore que se vende a los visitantes, en las fotos perfectas de los resorts.

Pero su vida real es: – cara – agotadora – llena de responsabilidades – llena de concesiones – casi sin ascenso social.

Hawái enseña que incluso el paraíso puede construirse sobre las ausencias de quienes lo habitan.

Y por eso este estado está en el libro: no como lugar de ensueño, sino como prueba de que el mundo mira la superficie e ignora a quienes mantienen en pie la realidad.

IDAHO

Idaho es un estado que vive en la sombra. No hace ruido, no llama la atención y el resto de Estados Unidos casi nunca habla de él.

Es montañas, agricultura, patatas, ganado, frío, distancias, silencio. Es una tierra rica en naturaleza y pobre en oportunidades.

Un estado donde el tiempo avanza despacio, y la vida de las mujeres, todavía más despacio.

Idaho no borra a las mujeres con una violencia espectacular. Las borra con la soledad, la religión rígida, la falta de servicios, la distancia geográfica, la pobreza dispersa y una cultura que da por hecho que las mujeres lo sostienen todo. Aquí la ausencia de las mujeres es producto de la geografía: los espacios son enormes, los recursos pocos, las comunidades cerradas.

La mujer de la agricultura – 36 años

Idaho vive de la agricultura y la ganadería. Las mujeres siempre han formado parte de la cadena. No las llaman «ayuda», pero sin ellas nada funciona.

Trabaja en los campos, en los establos, lleva la casa y los hijos, a menudo sin distinguir entre trabajo y vida privada.

Levantarse antes del amanecer, animales, agua helada, limpieza, cosecha, comidas para todos. Sin días libres. Sin un sueldo propio. Todo es «familia».

Su ausencia es económica: trabaja como un hombre, pero oficialmente “no trabaja”.

No aparece en nóminas, documentos ni estadísticas. Existe solo en el esfuerzo.

La mujer de las iglesias conservadoras – 42

años

Idaho tiene una presencia religiosa fuerte, a menudo conservadora. Aquí las mujeres deben encarnar modelos precisos:

madre, esposa, figura devota, callada, respetable, siempre disponible.

La comunidad observa. Juzga. Corrige.

No puede permitirse salir de su papel: cualquier desviación es una mancha para la familia. Su ausencia es cultural: no desaparece físicamente; desaparece dentro del papel que le han asignado.

Está presente en todas partes, pero no puede expresarse.

La mujer de los trabajos invisibles – 30 años

Fuera de las tierras de cultivo y de las iglesias están los pueblos: Nampa, Idaho Falls, Pocatello.

Aquí la mujer trabaja de: – cajera– limpiadora– teleoperadora– dependienta– empleada de comida rápida– auxiliar escolar.

Trabajos que sostienen comunidades enteras, pero que no construyen carreras, no permiten crecer ni garantizan seguridad.

Su ausencia es social: la política no considera su vida «importante», no entra en los programas de desarrollo, no aparece en el debate público.

Es la mujer que mantiene a flote el Idaho “normal”, aquella de la que nadie habla.

La mujer que vive en la distancia – 51 años

En Idaho, las casas y las comunidades están a horas unas de otras. Carreteras largas, hospitales lejanos, pocas escuelas y pocas tiendas.

La mujer que vive aquí afronta: – aislamiento mental – inviernos duros – servicios sanitarios lejanos – tiempos de auxilio eternos –

una vida enteramente doméstica – adicciones extendidas – pobreza oculta. Si ocurre una emergencia, está sola. Si tiene un problema, espera. Si está cansada, nadie lo ve.

Su ausencia es geográfica: desaparece en la distancia. Existe, pero fuera del mapa.

Epílogo – Idaho

Idaho es un estado de bosques, montañas y silencio. Y en el silencio, las mujeres se pierden con más facilidad.

Su ausencia no es un escándalo, no es noticia, no es una cifra. Es un vacío diario creado por: – roles rígidos – una vida rural que pesa – una geografía difícil – una economía débil – una religión que impone y no escucha.

Idaho no hiere con ruido. Hiere con indiferencia.

Reflexión – Idaho

Cada estado tiene una forma de ausencia. En Idaho, la ausencia toma la forma de la distancia.

Aquí no es que el sistema expulse a la mujer: el sistema ni siquiera la ve.

Es invisible porque vive donde nada llega: ni información, ni sanidad, ni política, ni oportunidades.

Idaho demuestra que no hace falta una tragedia para borrar la presencia de las mujeres. Basta una tierra que avanza más despacio que la vida.

Y por eso este estado está en el volumen: porque su ausencia no hace ruido, pero pesa como una montaña.

ILLINOIS

Illinois es un estado de contrastes extremos. Chicago es una metrópoli inmensa, el corazón industrial y financiero del Medio Oeste. Un gigante cultural, violento, creativo y fragmentado. El resto del estado es otra historia: campo, pueblos, agricultura, pobreza oculta y mentalidad conservadora.

Es un territorio doble: metrópoli y campo, modernidad y declive, oportunidad y fracaso, universidades y barrios abandonados.

En Illinois, las mujeres no desaparecen por un solo motivo. Desaparecen porque tienen que hacer malabares entre demasiados mundos distintos, demasiados sistemas rotos, demasiadas exigencias diarias que nunca terminan.

Su ausencia es urbana, rural, económica y social. Depende de dónde viva, pero el efecto es el mismo: carga con un peso, no con un reconocimiento.

La mujer de los barrios duros de Chicago –

32 años Chicago son dos ciudades en una: la que sale en las películas y la que nadie quiere mirar.

Ella vive en la segunda. Barrios donde: – la violencia es normal– las escuelas son débiles– las tiendas cierran– la sanidad es demasiado cara– el gobierno no llega– la policía llega tarde o llega mal.

Trabaja donde puede: restaurantes de comida rápida, supermercados, limpieza, guarderías mal pagadas, asistencia mínima. Su problema no es uno: son diez a la vez. Hijos que proteger, un alquiler que pagar, un transporte lento, horarios imposibles, un entorno hostil.

Su ausencia es urbana: vive en una ciudad famosa en todo el mundo que nunca la mira.

La mujer de los hospitales y las clínicas – 44 años

Illinois tiene algunos de los centros médicos más importantes del país. Detrás de esos nombres imponentes hay miles de mujeres: enfermeras, técnicas, operadoras, cuidadoras y personal de apoyo.

Son ellas las que mantienen a flote: – las urgencias – los servicios saturados – a los pacientes frágiles – los turnos de noche – las emergencias constantes.

Es un trabajo que no da tregua, que desgasta física y mentalmente.

Su ausencia es operativa: si ella se detiene, todo el sistema se derrumba, pero su voz no pesa tanto como su trabajo.

Es la mujer que cura a todos sin que nadie la cure a ella.

La mujer rural – 50 años

Fuera de Chicago y lejos de las universidades hay un Illinois rural que pocos conocen: campos inmensos, carreteras vacías, escuelas pequeñas, hospitales lejanos.

Aquí las mujeres viven una realidad difícil: – agricultura de temporada – una vida totalmente doméstica – comunidades cerradas – pocos servicios – adicciones extendidas entre los hombres – aislamiento mental. No tiene oportunidades. No tiene alternativas. No tiene una red de apoyo.

Su ausencia es territorial: desaparece en la distancia, no porque no valga nada, sino porque vive donde el mundo no llega.

La latina de los servicios – 29 años

Illinois tiene una comunidad latina enorme, sobre todo en Chicago y en sus suburbios industriales.

Las mujeres inmigrantes son el pilar invisible de sectores enteros: – restauración – limpieza – cuidado de mayores – hoteles – fábricas ligeras – cuidado de niños – distribución.

Trabaja duro. Gana poco. Tiene dos trabajos. Habla inglés como puede. Cría a sus hijos sola, o casi sola.

Es la mujer que permite a los demás vivir cómodos sin tener nunca el mismo espacio.

Su ausencia es económica y lingüística: no tiene voz, ni protección, ni tiempo para quejarse.

Epílogo – Illinois

Illinois es un estado complejo y pesado. No hay una sola ausencia femenina. Hay al menos cuatro, todas distintas, todas reales:

– urbana – sanitaria – rural – migrante

El escenario cambia, pero el resultado no: las mujeres hacen todo lo que el Estado ha dejado de hacer.

Y mientras aguanta, desaparece. Illinois no borra a las mujeres porque las ignore. Las borra porque las da por hecho.

Reflexión – Illinois

Cada estado demuestra una verdad. Illinois demuestra esta:

Incluso cuando una mujer está en todas partes, puede estar ausente de todo lo que importa.

Está en los turnos de los hospitales, en los barrios pobres, en los campos aislados, en los trabajos invisibles de la economía latina.

Está presente en cada función esencial, pero excluida de cada mesa donde se decide el futuro del Estado.

La ausencia de las mujeres en Illinois es proporcional a su aportación: cuanto más aguantan, menos se las ve.

Y es precisamente esta ecuación torcida la que hace necesario este capítulo.

INDIANA

Indiana es un estado que vive de costumbres, no de cambios. Es la América profunda, la que no sale en las noticias, la que no exige nada, la que sigue con su día como si todo fuera a quedarse igual.

Es una tierra de: – cristianismo conservador – agricultura – pueblos – industria mecánica – autopistas interminables – un ritmo lento que no perdona el cansancio. No es un estado que estalla. Es un estado que consume. Día tras día.

Aquí las mujeres no desaparecen por un trauma evidente. Desaparecen porque tienen que lidiar con una estructura que no se pensó para ellas: familia, trabajo, religión, roles rígidos, comunidades pequeñas, expectativas pesadas.

En Indiana la ausencia femenina es normal.

Socialmente aceptada. Como si fuera natural que las mujeres fueran de segunda.

La mujer de la fábrica – 33 años

Indiana está llena de fábricas: coches, motores, componentes, maquinaria. Líneas de producción largas, repetitivas, ruidosas.

Aquí la mujer trabaja en: – montaje – inspecciones – cadenas de montaje – control de calidad – almacenes industriales.

Ritmo duro, turnos agotadores, un cuerpo que se desgasta.

Los salarios alcanzan, pero no liberan. La vida sigue igual: casa → fábrica → casa.

Su ausencia es física: el trabajo la consume antes de los cuarenta. Dolor, espalda, brazos, rodillas. Un cuerpo que lleva la firma del sistema de producción.

Es la mujer que fabrica el motor de América sin poder permitirse lo que construye.

La mujer de las iglesias evangélicas – 45

años

Indiana es uno de los estados más religiosos del Medio Oeste. Las iglesias evangélicas están por todas partes, con comunidades muy unidas y roles bien definidos.

Aquí las mujeres viven dentro de un perímetro preciso: – esposa – madre – educadora – presencia devota – figura moral de la familia.

El problema no es la fe. El problema es el control social que la rodea.

Si se separa, la juzgan. Si cambia de vida, la aíslan. Si no sigue las reglas, se convierte en un mal ejemplo.

Su ausencia es cultural: no puede mostrarse como es, solo como debería ser.

Está presente en todas partes, pero siempre como un papel impuesto.

La mujer rural – 51 años

Fuera de los pueblos y las fábricas está la Indiana rural: campos inmensos, casas dispersas, comunidades pequeñas, largos silencios.

Aquí las mujeres viven sin apoyo: – pocos médicos – sin transporte – tiendas lejanas – escuelas con recursos mínimos – trabajo agrícola de temporada – responsabilidades domésticas totales.

No tiene margen. No tiene red de seguridad. No tiene alternativas. Su ausencia es geográfica: vive demasiado lejos de todo, y nadie construye servicios que lleguen hasta ella.

Es una América lenta y olvidada, y ella está atrapada allí.

La mujer de los servicios mínimos – 29 años

En las ciudades de Indiana —Fort Wayne, Evansville, South Bend — las mujeres sostienen el trabajo que nadie quiere ver:

– cajera mal pagada – limpiadora – camarera en cadenas de comida rápida – cuidadora de mayores – empleada de tienda de conveniencia – niñera informal

Trabaja mucho, gana poco y vive siempre en el mes siguiente.

Su problema no es solo económico. Es mental: no ve futuro. No ve crecimiento. No ve ninguna posibilidad de mejorar.

Su ausencia es social: es esencial para la vida diaria de todos y, al mismo tiempo, se la trata como si pudiera reemplazarse en un minuto.

Epílogo – Indiana

Indiana es un estado inmóvil. Y en los tiempos inmóviles, las mujeres se pierden más deprisa.

Aquí no hay grandes revoluciones, no hay grandes reformas, no hay impulso de cambio.

La mujer sostiene: la familia, el trabajo, la comunidad, la religión.

Y mientras aguanta, desaparece. Su ausencia está hecha de normalidad: no es noticia, no es escándalo, no es emergencia.

Es una resta lenta y continua.

Reflexión – Indiana

Cada estado tiene una forma de ausencia. En Indiana, es la forma de la rutina.

Aquí la invisibilidad de la mujer nace de tres fuerzas, y ella vive con ellas: – la tradición – un trabajo que no se ve – comunidades que juzgan en lugar de escuchar.

La normalidad se convierte en jaula. El papel se convierte en identidad. El esfuerzo se convierte en deber.

Indiana enseña que la ausencia femenina puede construirse sin maldad: basta con que nadie pregunte nunca cómo está de verdad una mujer.

Y por eso este estado está en el libro: porque no hace falta una tragedia para borrar a una persona. Basta la vida de todos los días.

IOWA

Iowa es el corazón agrícola de América. Extensiones interminables de maíz, soja, granjas, silos, carreteras rectas, casas lejanas. Desde fuera parece un estado sencillo: trabajo, familia, silencio. Pero quien vive allí sabe que la sencillez es una máscara. Detrás hay una complejidad que nadie explica.

Iowa no es ni moderna ni atrasada: está quieta. Una quietud sólida, agrícola, conservadora, práctica. Un estado donde el ciclo de la tierra lo decide todo, y las mujeres tienen que adaptarse a un ritmo que no tiene en cuenta su vida.

Aquí las mujeres no desaparecen por hechos dramáticos. Desaparecen por el cansancio constante, por roles que no cambian, por la falta de alternativas, por una tierra inmensa y vacía que se come su tiempo, su energía y su identidad.

La ausencia de las mujeres en Iowa es agrícola, doméstica y mental. Es una desaparición lenta que nadie ve porque parece «normal».

La mujer de la granja – 37 años

No «ayuda» en la granja. Trabaja siempre.

Se levanta antes del amanecer, se ocupa de los animales, prepara las herramientas, atiende los cultivos, limpia, cocina, organiza, conduce, repara. Es un ciclo sin fin: temporada tras temporada, año tras año.

No tiene sueldo. No tiene horario. No tiene protección.

El trabajo se considera “familia” y, por tanto, desaparece de las cifras, de las cuentas y del reconocimiento.

Su ausencia es económica: hace el 50 % del trabajo, pero no aparece en ninguna parte.

Es esencial, pero en los documentos no existe.

La mujer que vive entre la religión y la

comunidad – 45 años En los pueblos de Iowa, las iglesias influyen más que el gobierno. Deciden roles, comportamientos y límites. Y para las mujeres, el guion es siempre el mismo:

– madre – esposa – figura respetable – implicada en la comunidad – nunca fuera de lugar

No puede separarse sin estigma. No puede cambiar de vida sin críticas. No puede mostrarse frágil sin que la comunidad «intervenga».

Su ausencia es cultural: su identidad no es suya, es de la comunidad.

Vive dentro de un papel, no dentro de sí misma.

La mujer del trabajo mínimo – 31 años

En las ciudades medianas —Des Moines, Cedar Rapids, Davenport — las mujeres ocupan los trabajos que sostienen todo el estado:

– cajera – limpiadora – camarera – empleadas de comida rápida – personal de residencias – niñeras – cuidadoras de mayores mal pagadas

Turnos largos, salarios bajos, ninguna movilidad.

Su vida es una suma de pequeños esfuerzos: horarios apretados, hijos, gastos, gasolina, alquileres que suben, sueldos que nunca

cambian. Su ausencia es social: sin ella todo se para, pero nadie la considera una figura clave de la economía.

Es reemplazable, aunque en realidad no lo sea.

La mujer que vive en la distancia – 52 años

Iowa es enorme. Hay casas a 30, 40 o 50 minutos de un supermercado. Una clínica puede estar a una hora en coche. Las escuelas son escasas. El transporte casi no existe.

La mujer que vive aquí afronta: – inviernos duros – emergencias sin ayuda – enfermedades que gestiona sola – aislamiento mental – responsabilidad total de la casa y de los hijos – falta de estímulos, de redes, de comunidades cercanas.

Si pasa algo, no hay nadie durante horas. Si se derrumba emocionalmente, no tiene a quién contárselo. Si tiene un problema, lo resuelve como puede.

Su ausencia es geográfica: desaparece en la distancia. Una distancia que el mundo no ve porque no la vive.

Epílogo – Iowa

Iowa es un estado que vive del trabajo silencioso. La tierra no hace ruido. Y tampoco las mujeres que la sostienen.

Su ausencia es diaria: no llama la atención, no se ve, no se denuncia. Sostienen la familia, la granja, el trabajo y la comunidad. Y mientras se sostienen a sí mismas, desaparecen en los deberes.

Iowa no borra a las mujeres. Simplemente no las mira.

Reflexión – Iowa

Cada estado revela una cara de la ausencia. En Iowa, la ausencia toma la forma de una normalidad pesada.

Es la idea de que «siempre se ha hecho así», de que las mujeres deben sostener, no pedir, de que su fatiga es natural, de que su voz importa menos que la tierra, la familia, el ritmo agrícola.

Iowa enseña que la ausencia femenina no necesita violencia. Basta una tradición que nadie cuestiona.

Y por eso forma parte del libro: para mostrar la América que no cambia y a las mujeres que pagan el precio de su inmovilidad.

KANSAS

Kansas es un espacio inmenso y vacío. Campos, viento, carreteras rectas, horizontes eternos. Para muchos es solo un lugar de paso entre estados más importantes. Para quien vive allí, es una geografía que moldea la vida: aislamiento, tradición, trabajo agrícola, comunidades pequeñas que cambian despacio, si es que cambian.

Kansas no mata a las mujeres con una violencia visible. Las mata con la repetición, la soledad, la falta de alternativas, una cultura que no se mueve ni un centímetro.

Es un estado donde todo pesa: la carretera, la distancia, la religión, el trabajo agrícola, el juicio de la comunidad.

Aquí la mujer no desaparece por un hecho. Desaparece por un ritmo. Un ritmo que nunca la pone en el centro.

La mujer de las grandes granjas – 38 años

Kansas vive de la agricultura industrial. Maquinaria enorme, cosechas intensivas y un trabajo que nunca termina.

Aquí las mujeres son una parte esencial de la cadena: – conducen vehículos – cuidan de los animales – llevan las cuentas de la familia – organizan las comidas para todos – controlan tiempos, semillas, cosechas – hacen el mantenimiento – cuidan de la casa y de los hijos.

Trabaja tanto como un hombre, a menudo más. Pero oficialmente es «ama de casa».

Su ausencia es económica: produce valor, pero no aparece en los ingresos, en los documentos ni en las estadísticas.

Es una columna sin reconocimiento.

La mujer de las comunidades pequeñas – 47 años

Los pueblos de Kansas funcionan como organismos cerrados. Todos se conocen. Todos se comentan. Todos se juzgan. Las mujeres viven roles rígidos: – madre – esposa – figura devota – presencia constante en la iglesia – apoyo de la comunidad – implicación en las escuelas locales.

No puede cambiar de vida sin que la observen. No puede derrumbarse sin que la etiqueten. No puede reinventarse sin que la juzguen.

Su ausencia es cultural: no se pertenece a sí misma; pertenece a la comunidad.

No es libre: es funcional.

La mujer que trabaja en los servicios mínimos – 33

años

En las ciudades medianas —Wichita, Topeka, Overland Park— las mujeres hacen el trabajo básico de la sociedad:

– cajera – limpiadora – empleada de supermercado – camarera – trabajadora de residencia – auxiliar escolar

Trabaja duro, gana poco. No tiene crecimiento, ni carrera, ni herramientas.

Su vida está hecha de: turnos inestables, hijos que cuidar, servicios públicos pobres y un alquiler que se come la mitad de su sueldo.

Su ausencia es social: lo hace todo, pero para el Estado no es una prioridad.

Es reemplazable. Y eso la borra.

La mujer que vive en la distancia – 53 años

Kansas es inmensa. Casas dispersas, carreteras interminables, pueblos separados por decenas de kilómetros.

La mujer que vive aquí afronta una soledad total: – hospitales lejanos – escuelas escasas – transporte pobre – pocos vecinos – casi ningún apoyo social.

El invierno es largo. El verano es duro. Y todo —cada problema— cae sobre ella.

Si se le estropea el coche, espera. Si necesita un médico, conduce durante horas. Si se derrumba emocionalmente, no tiene red.

Su ausencia es geográfica: desaparece en un territorio que no está hecho para protegerla, sino solo para atravesarlo.

Epílogo – Kansas

Kansas es un estado sencillo. Pero su sencillez engaña. Detrás del silencio, los campos, el viento y las calles vacías hay una lucha constante que nadie ve.

Aquí las mujeres sostienen todo lo que mantiene a flote el estado: la tierra, la casa, la familia, la comunidad, el trabajo.

Y mientras aguanta, desaparece.

Su ausencia está hecha de: – roles rígidos – aislamiento – trabajo agrícola sin nombre – servicios mínimos – distancia mental y física. Kansas no borra a las mujeres con traumas. Las borra con la costumbre.

Reflexión – Kansas

Cada estado revela una forma de ausencia. Kansas revela la más silenciosa de todas: la que construyen la geografía y la tradición.

Aquí una mujer puede vivir toda su vida dentro de un papel, dentro de una distancia, dentro de un trabajo no reconocido, sin tener nunca el tiempo ni el espacio para pensar en quién es de verdad.

Kansas enseña que la ausencia de las mujeres no necesita una violencia o una pobreza extremas. Basta una tierra que no cambia y una cultura que no escucha.

Y por eso este estado está aquí: para mostrar cómo la América rural carga a las mujeres sin admitirlo nunca.

Ferdinando Frega